

# La escisión del yo en el proceso defensivo (1940 [1938])

«Die Ichspaltung im Abwehrvorgang»

---

Nota introductoria(1)

Por un momento estoy en la interesante situación de no saber si lo que voy a comunicar ha de apreciarse como algo hace tiempo consabido y evidente, o como nuevo por completo y sorprendente. Me inclino, empero, a creer lo segundo.

En fin, me ha llamado la atención que el yo joven de la persona con quien décadas después uno trabará conocimiento como paciente analítico se comportara en el pasado de una singular manera en determinadas situaciones de aprieto. La condición de ello se puede indicar, en general y con alguna imprecisión, diciendo que acontece bajo la injerencia de un trauma psíquico. Prefiero poner de relieve un caso bien circunscrito, que desde luego no cubre todas las posibilidades de la causación. El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar. Y entonces debe decidirse: reconocer el peligro real, inclinarse ante él y renunciar a la satisfacción pulsional, o desmentir la realidad objetiva, instilarse la creencia de que no hay razón alguna para tener miedo, a fin de perseverar así en la satisfacción. Es, por tanto, un conflicto entre la exigencia de la pulsión y el veto de la realidad objetiva. Ahora bien, el niño no hace ninguna de esas dos cosas, o mejor dicho, las hace a las dos simultáneamente, lo que equivale a lo mismo. Responde al conflicto con dos reacciones contrapuestas, ambas válidas y eficaces. Por un lado, rechaza la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos, y no se deja prohibir nada; por el otro, y a renglón seguido, reconoce el peligro de la realidad objetiva, asume la angustia ante él como un síntoma de padecer y luego busca defenderse de él. Es esa una solución muy hábil de la dificultad, hay que confesarlo. Ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción, a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto. Pero, como se sabe, sólo la muerte es gratis. El resultado se alcanzó a expensas de una desgarradura en el yo que nunca se reparará, sino que se hará más grande con el tiempo. Las dos reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo. El proceso entero nos parece tanto más raro cuanto que consideramos obvia la síntesis de los procesos yoicos (ver nota(2)). Pero es evidente que en esto andamos errados. La función sintética del yo, que posee una importancia tan extraordinaria, tiene sus condiciones particulares y sucumbe a toda una serie de perturbaciones.

No puede redundar sino en ventaja que yo introduzca en esta exposición esquemática los

datos de un historial clínico particular. Un varoncito entre los tres y los cuatro años tuvo conocimiento de los genitales femeninos por seducción de una niña mayor que él. Rotas esas relaciones, prolongó la incitación sexual así recibida en un ferviente onanismo manual, pero fue sorprendido pronto por la enérgica niñera y amenazado con la castración, cuyo cumplimiento, como es usual, se atribuyó al padre. En este caso están dadas las condiciones para un efecto de terror enorme. No es forzoso que la amenaza de castración por sí sola cause mucha impresión; el niño le rehúsa creencia, no le es fácil representarse como posible una separación de esa parte del cuerpo tan apreciada por él. Si ha visto [antes] los genitales femeninos, el niño pudo convencerse de semejante posibilidad, pero en aquel tiempo no extrajo esa conclusión porque la repugnancia a ello era demasiado grande y no existía ningún motivo que se la impusiera. Al contrario, lo que pudo moverlo a desasosiego fue apaciguado con el subterfugio: lo que ahí falta ha de venir luego, eso -el miembro- ya le crecerá más tarde. Quien haya observado suficientes varoncitos puede recordar una exteriorización de esa índole a la vista de los genitales de su hermanita. Pero diversamente ocurre si ambos factores se conjugan. Entonces la amenaza despierta el recuerdo de la percepción que se tuvo por inofensiva y encuentra en ella la temida corroboración. El niño cree comprender ahora por qué los genitales de la niña no mostraban pene alguno, y ya no se atreve a poner en duda que su propio genital pueda correr la misma suerte. En lo sucesivo no puede menos que creer en la realidad objetiva del peligro de castración.

Pues bien: la consecuencia ordinaria, considerada la normal, del terror de castración es que el muchacho ceda a la amenaza con una obediencia total o al menos parcial -no llevándose más la mano a los genitales-, sea enseguida, sea luego de prolongada lucha; vale decir, que renuncie en todo o en parte a satisfacer la pulsión. Sin embargo, nosotros estamos preparados para entender que nuestro paciente supiera remediarse de otro modo. Se creó un sustituto del pene echado de menos en la mujer, un fetiche. Con ello había desmentido, es cierto, la realidad objetiva, pero había salvado su propio pene. Si no estaba obligado a reconocer que la mujer había perdido su pene, perdía credibilidad la amenaza que le impartieron; ya no necesitaba temer más por su pene y podía continuar, imperturbable, su masturbación. Este acto de nuestro paciente se nos impone como un extrañamiento respecto de la realidad, como un proceso que tenderíamos a dejar reservado para la psicosis. Y de hecho no es muy diverso, no obstante lo cual suspenderemos nuestro juicio, pues, tras un abordaje más ceñido, descubrimos un distinguo que no carece de importancia. El varoncito no ha contradicho simplemente su percepción, no ha alucinado un pene allí donde no se veía ninguno, sino que sólo ha emprendido un desplazamiento {descentramiento} de valor, ha transferido el significado del pene a otra parte del cuerpo, para lo cual vino en su auxilio -de una manera que no hemos de precisar aquí- el mecanismo de la regresión. Por cierto que ese desplazamiento sólo afectó al cuerpo de la mujer; respecto de su pene propio nada se modificó.

Este tratamiento, se diría mañoso, de la realidad objetiva decide sobre el comportamiento práctico del varoncito. Sigue cultivando su masturbación como si ello no pudiera traer ningún peligro a su pene, pero al mismo tiempo desarrolla, en plena contradicción con su aparente valentía o despreocupación, un síntoma que prueba que ha reconocido, sin embargo, aquel peligro. Lo amenazaron con que el padre lo castraría, e inmediatamente después, de manera simultánea a la creación del fetiche, aflora en él una intensa angustia ante el castigo del padre, angustia que lo ocupará largo tiempo y que sólo podrá dominar y sobrecompensar con todo el gasto de su virilidad. También esta angustia ante el padre calla

sobre la castración. Con ayuda de la regresión a una fase oral, aparece como angustia de ser devorado por el padre. Es imposible no recordar aquí una pieza de primordial antigüedad de la mitología griega: la que narra cómo el padre de los dioses, Cronos, engullía a sus hijos y quiso también engullirse al menor de sus hijos varones, Zenus, y cómo Zeus, salvado por la astucia de la madre, castra luego a su padre. Pero, para volver a nuestro caso, agreguemos que él produjo todavía otro síntoma, si bien de poca monta, y lo ha conservado hasta el día de hoy: una sensibilidad angustiada de los dos dedos pequeños de los pies frente al contacto, como sí en todo ese pasar de un lado a otro entre desmentida y reconocimiento hubiera tocado en suerte a la castración la expresión más nítida. ( ... )

## Notas finales

### 1 (Ventana-emergente - Popup)

La escisión del yo en el proceso defensivo. (1940 [1938])

«Die Ichspaltung im Abwehrvorgang»

Ediciones en alemán

1940 Int. Z. Psychoanal.-Imago, 25, nº 3-4, págs. 241-4.

1941 GW, 17, págs. 59-62.

1975 SA, 3, págs. 389-94.

Traducciones en castellano

1951 «La escisión del yo en el mecanismo de defensa». RP, 8, nº 1, págs. 62-4. Traducción de Ludovico Rosenthal.

1955 «La escisión del yo en el proceso defensivo». SR, 21, págs. 61-6. El mismo traductor.

1968 «Escisión del "yo" en el proceso de defensa». BN (3 vols.), 3, págs. 589-91. Traducción de Ramón Rey-Ardid.

1975 Igual título. BN (9 vols.), 9, págs. 3375-7. El mismo traductor.

El manuscrito de este importante trabajo inconcluso, que se publicó en forma póstuma, está fechado el 2 de enero de 1938, y según Ernest Jones (1957, pág. 255) fue escrito «en la Navidad de 1937».

En este artículo se profundiza en la indagación del yo y su comportamiento en circunstancias difíciles. Se entrelazan en él dos temas que en los últimos tiempos venían ocupando a Freud: la noción de «desmentida» («Verleugnung») y la idea de que ella da por resultado una «escisión» del yo. La «desmentida» fue habitualmente considerada por Freud, como en este caso, en conexión con el complejo de castración. Aparece, por ejemplo, en «La organización genital infantil» (1923e), AE, 19, pág. 147, donde en una nota al pie doy otras referencias respecto de los lugares en que se ha de hallar el término. Uno de ellos es el breve estudio del «Fetichismo» (1927e), AE, 21, págs. 150-1, del cual el pre-sente trabajo puede considerarse una continuación, ya que en aquel se hacía hincapié en la escisión del yo con posterioridad a la desmentida. (Esto ya había sido insinuado en «Neurosis y psicosis» (1924b), AE, 19, págs. 158-9.)

Aunque, por algún inexplicado motivo, Freud dejó este trabajo inconcluso, retomó el tema poco después, en las últimas páginas de Esquema del psicoanálisis (1940a), AE, 23, págs. 203-6. Allí, no obstante, aplica la idea de la escisión del yo no sólo a los casos del fetichismo y las psicosis sino a las neurosis en general. Hay así un enlace con el problema, más amplio, de la «alteración del yo»

invariablemente producida por los procesos defensivos. De este problema se había ocupado Freud en fecha reciente, en «Análisis terminable e interminable» (1937c), en especial en la sección V, pero se remonta a las primeras épocas: lo encontramos en el segundo trabajo sobre las neuropsicosis de defensa (1896b), AE, 3, pág. 184, y, antes aun, en el Manuscrito K de la correspondencia con Fliess (Freud, 1950a), AE, 1, págs. 260-1 y 267.

James Strachey

## **2 (Ventana-emergente - Popup)**

[Cf. la 31ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933a), AE, 22, pág. 71, donde en una nota doy otras referencias.]